



TRANSVAAL (AFRICA MERIDIONAL).—CASA DE CORREOS EN JOHANNESBURG.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Marc.

## CARTAS DE MISIONEROS

### INCENDIOS Y ASESINATOS EN LA TURQUIA ASIATICA

A continuación publicamos las tristes noticias que acabamos de recibir de los países pasados á sangre y fuego por el furor de los fanáticos musulmanes. Imploramos la piedad de nuestros lectores en favor de los desdichados supervivientes de estas terribles escenas, que superan en crueldad y estragos á los peores horrores de los siglos de barbarie.

#### I. — En Akbés

CARTA DEL RDO. P. DILLANGE, SUPERIOR DE LA MISIÓN DE AKBÉS (SIRIA), AL RDO. P. FIAT, SUPERIOR GENERAL DE LOS LAZARISTAS

Akbés, 28 de Abril de 1909.

**Q**UÉ horror! Todos los pueblos de los alrededores de Akbés han sido destruídos, los hombres asesinados y las mujeres ultrajadas. Cuantos sabían eran católicos ó evidenciaron serlo, se han salvado. Ayer mismo aún nos llegaron veinte jóvenes y mujeres cristianas; sus hermanos habían sido estrangulados.

¿Qué será de nosotros? Jardín, viña, campos, todo ha sido arrasado. Hace quince días tenemos en casa más de mil quinientos refugiados.

El pánico reina desde el 15 de Abril. Nadie quiere salir de casa, y con razón; quien á ello se atreve, es

AÑO XVII.—NÚM. 335

muerto en el acto. Y los cristianos ni en sus mismas casas están seguros. Los fanáticos musulmanes han incendiado ya muchas. Nosotros estamos protegidos por diez guardias y dos tenientes, que viven con nosotros.

Los Cónsules franceses de Alepo y de Mersina trabajan incansables para salvarnos y nos visitan para darnos ánimo. ¡Dios se lo pague! A su energía y á sus incesantes esfuerzos acerca de los *Valis*, debemos la salvación. Estamos en comunicación constante con ellos. Mantenemos las mejores relaciones con las Autoridades locales; ayer se sentaron á nuestra mesa el Kaimakan de Khassa y los principales *Beys* de Akbés. Los jefes de la fuerza que nos protege, á pesar de ser musulmanes, nos han consagrado cuerpo y alma.

Un pueblo cristiano situado á dos horas de Akbés no ha sufrido por ahora ningún daño. Mi deseo sería visitarlo; pero no me dejan salir, porque dicen que corren rumores de que se han juramentado para asesinarnos al P. Paskés y á mí. Como veis, estoy poco menos que prisionero en mi propia casa. No tenemos punto de reposo; tememos que de un momento á otro nos corten el agua.

Carecemos de todo, absolutamente de todo; me he visto precisado á contraer enormes deudas para comprar trigo, cebada, sorgo, etc. Era necesario, indis-

15 DE JUNIO DE 1909



pensable; en este mismo momento, la puerta de mi aposento está como sitiada por más de cien hambrientos.

Gracias á Dios, estamos buenos, aunque extenuados. Todas las miradas se fijan en nosotros. Una muestra de desfallecimiento, y el pánico invadirá la casa. Por esto salimos de nuestros aposentos con el rostro siempre alegre, á pesar de las múltiples angustias que nos trituran el corazón.

Ayer, día 27, por la tarde, nos asustó súbito ruido de platillos y nutrido tiroteo. «¡Ha llegado nuestra hora! nos dijimos; los kurdos están aquí: han acabado el saqueo de los pueblos vecinos y vienen por nosotros.» Inmediatamente encerramos á los niños y mujeres en sus aposentos; los hombres se aprestan á la defensa y corren á ocupar sus puestos para rechazar el ataque. Ni una palabra, ni un suspiro... silencio sepulcral...

De pronto el P. Paskés, provisto de anteojos, divisa un caballero que avanzó á todo el correr de su caballo. Nos traía la estupenda noticia del cambio operado en Stambul: Abd-ul-Hamid destronado por Mahomed. Esperamos que este cambio redundará en beneficio nuestro. Cambiamos visitas con las Autoridades.

Hasta el presente sólo han muerto dos hombres de la Misión. Uno de ellos era un propio que enviábamos al Cónsul de Alejandría: fué apaleado, acribillado á balazos y luego despedazado. Sus desdichados esposa, madre é hijos se albergan en casa. Otros dos hombres han perecido de miedo. Cuatro muchachas se han vuelto locas. Afortunadamente no hay enfermos; pero tememos sobrevenga el cólera, porque empiezan grandes calores. Cada día, por la mañana, rocío toda la casa con agua fenicada.

Ante el peligro común, todas las disensiones entre las diversas comunidades cristianas se han desvanecido como por encanto. No hay ya distinción entre católicos, protestantes y armenios cismáticos: somos padres de todos.

Confiamos en Dios, en la Santísima Virgen y en San Vicente de Paúl, quienes hasta hoy nos han milagrosamente preservado. Más de dos mil kurdos acampados en los alrededores de Akbés habían jurado asesinarlos. Afortunadamente los musulmanes de Akbés no hicieron causa común con ellos; antes al contrario, los expulsaron. ¿No es esto verdaderamente providencial? Fuera de Akbés los cristianos han sido asesinados en masa. Hoy, 28 de Abril, á las siete de la mañana, han llegado las tropas. ¡Alabado sea Dios! Voy á ver al comandante.

P. D.—¡Tened piedad de estos pobres hambrientos!

## II. — En Adana

CARTA DEL RDO. P. LUCIANO BENOIT, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, MISIONERO EN ADANA

Adana, 28 de Abril de 1909.

Cuando creíamos estar salvos y fuera de peligro, nos han sobrevenido otros males, peores y más terribles que los primeros.

Los refugiados querían permanecer en el Colegio y en el Pensionado de las Hermanas. No pudimos oponerlos á ello, tanto más cuanto nadie hubiera encontrado su casa, pues la mayoría han sido incendiadas y todas saqueadas. Nos vemos, pues, obligados á mantener muchos cristianos, ricos ayer, hoy sumidos en la mayor indigencia.

Cada dos días predicaba en turco, y cada tarde reunía á los hombres para el ejercicio del *Via Crucis*.

El domingo, 25 de Abril, la ceremonia fué súbitamente interrumpida; un grupo de armenios se precipitaron á la iglesia, gritando: «¡Los soldados nos atacan!»

Tranquilicé á la multitud, creyendo al ejército otomano incapaz de tan monstruosa iniquidad, pues pocos días antes un comité compuesto de oficiales turcos y de los más altos dignatarios religiosos del Islam, había tranquilizado á los cristianos exhortándoles á que reanudaran sus trabajos. Además, pocas horas antes de esta alarma, los turcos gritaban por las calles de Adana: «¡Paz á los cristianos!»

Pero debí rendirme á la evidencia. Otros de los allí refugiados afirmaban haber visto á los soldados disparar sobre indefensos cristianos los terribles *Mäusers*. Y mientras tales horrores discutíamos, oíase en la calle nutrido tiroteo. Soldados apostados en los alrededores del Colegio armenio-católico perseguían á tiros á los pobres cristianos que huían para refugiarse en nuestro establecimiento, protegido por el pabellón francés, y por consiguiente, pensaban, más seguro.

Momentos después, un incendio inmenso consumía el Colegio armenio ¡y en su interior más de quinientos cristianos morían quemados vivos!!

Soldados y *bachi buzucks* pusieron acto continuo sitio á nuestro Colegio de San Pablo, en donde se habían refugiado de siete á ocho mil cristianos. El bloqueo empezó á las seis de la tarde, duró toda la noche. Una línea de fuego rodeaba los lados Sud y Este de nuestro inmueble, y con creciente angustia observábamos los progresos de la conflagración. En la calle se oían frecuentes disparos; las balas entraban silbando por las ventanas. Los pobres refugiados daban gritos desgarradores... El pánico era indescriptible.

A eso de las siete de la mañana, nos llegaron las cinco Hermanas de una ambulancia instalada la antevíspera en las cercanías del Colegio armenio incendiado. Estas intrépidas Religiosas lograron trasladar todos los heridos á nuestro establecimiento.

Para salvarnos, el Señor se valió del Cónsul inglés de Mersina, que á la sazón se hallaba en Adana. Acude este digno señor con veinticinco soldados otomanos, y el tiroteo cesa como por encanto. El Cónsul me dice: «El Vali jura perdonar á los cristianos si se entregan.» Y me aconseja le acompañe. En el acto formamos la triste comitiva. Llegados al palacio del Vali, los Armenios son registrados uno á uno: les quitan hasta los cortaplumas, y luego les dicen: «Ahora quedaos.» Esta orden nos comprendía á todos, incluso á mí: durante un día fuimos verdaderos prisioneros de los turcos. ¿Qué fin les guiaba á detener á estos infelices cristianos?



—Pues entregar sus casas á la soldadesca turca, me dijo cínicamente un oficial. Las registraremos, confiscaremos las armas que se encuentren y fusilaremos á los armenios que en ellas se hayan refugiado.

A fuerza de súplicas logramos arrancarles un pedazo de pan y un poco de agua. ¡Sabrosa comida después de tan largo ayuno! Compartí el mío con mis compañeros. Poco antes el hijo de un comerciante greco-católico, uno de los cristianos más ricos de la ciudad, me había tendido la mano: sus mercancías habían sido confiscadas, talados sus campos y su casa saqueada é incendiada. Llevaba en brazos á su hermanito enfermo. Se me acerca y me dice llorando:

—¡Padre, un poco de pan para mi hermano!...

A eso de las cuatro de la tarde, dije á un oficial turco que por allí estaba:

—Permitidnos salir, ¿pretendéis quizás quemar nuestra casa?

—No, me contestó; no saldréis hasta que Su Excelencia el *Vali* resuelva.

Y transcurrió lenta una hora: la pasé en compañía del venerable obispo armenio católico de Adana ilustrísimo Sr. Terzian, también preso en el Palacio del Gobernador.

—¡Padre, me dijo el Prelado, rogad por mí!... He perdido todos los recursos con que contaba para el sostenimiento de mis sacerdotes, seminaristas, escuelas y demás obras. No tengo absolutamente nada. Confío en Dios.

Fuimos á pasar la noche en casa de un comerciante griego que se dignó ofrecernos hospitalidad.

A la mañana siguiente fuí á ver las ruinas del Colegio... ¡Qué desolación! ¡Más de cuatrocientas casas humean todavía! En los alrededores de la ciudad iguales horrores... Las granjas destruidas, los campos talados... Los cadáveres echados á los pozos, envenenan las aguas. El Ilmo. Sr. Terzian, que conoce muy bien el país, afirma que pasan de 50,000 las víctimas. El detalle de ciertas escenas hace estremecer de horror. El actual Cónsul de Inglaterra en Mersina, que estaba en China cuando la revolución de los Boxers, nos decía: «La que ví entonces, no admite comparación con los horrores que he visto estos días.»

1.º de Mayo.

Hoy más 12,000 cristianos se hallan sin abrigo. Diseminados por el campo, no tienen una choza ni un lienzo de pared que les resguarde de los ardientes rayos de un sol abrasador... Diariamente reciben 50 gramos de pan. Añadid á esto una terrible epidemia de sarampión y de fiebre, y tendréis una pálida idea de este cuadro de horrores que no admite comparación.

¡Apiadaos de nosotros!

Los pobres cristianos anhelan huir de Turquía, pero las Autoridades lo impiden. No pueden ejercer sus oficios ni cultivar sus tierras, y los turcos acaban de arruinarles vendiéndoles á precios exorbitantes el pan de cada día, lo indispensable para vivir.

(Concluirá).

## NOTICIAS VARIAS

### Roma.

*El nuevo Superior General de los Redentoristas.*—Viéndose ya el Rdm. P. Matías Raus, Superior General de los Padres Redentoristas, en edad de ochenta años y con los achaques consiguientes á tan avanzada senectud, ansioso de pasar en la paz del retiro y soledad de la contemplación los últimos días de su vida, determinó presentar la renuncia de su elevado cargo, que, atendidos sus instantes deseos, le fué aceptada por el Capítulo General de dicha Congregación, inaugurado en Roma bajo los auspicios de la Virgen del Buen Consejo, el día 26 del pasado Abril.

Admitida la renuncia del Rdm. Padre Raus, el día 1.º de Mayo fué elegido sucesor suyo el Rdm. P. Patricio Murray, Superior que era á la sazón de la Provincia irlandesa.

El nuevo General es un ilustre de la católica Irlanda, donde nació el 24 de Noviembre de 1865; hizo su profesión religiosa el 23 de Octubre de 1889; al año siguiente, el 10 de Septiembre de 1890, fué ordenado de sacerdote, habiéndose dedicado posteriormente con éxito admirable el apostólico ministerio de las Misiones.

En 1904 fué nombrado Rector de la Casa de Belfast, importante ciudad de Irlanda, y en 1907 fué puesto al frente de la Provincia irlandesa, habiendo concurrido al actual Capítulo General por su calidad de Superior Provincial.

Cual sea el prestigio de que gozara en su patria, lo demuestra el hecho de haber sido designado el año anterior como candidato para una de las mitras vacante en la Isla, y sólo merced á sus reiteradas negativas logró declinar tan alto honor.

### Filipinas.

*Un Obispo filipino.*—El nombramiento del Ilmo. Sr. Gorondo para Obispo auxiliar de Cebú, ha sido muy grato á los Filipinos, siendo de su raza y tierra el nuevo Prelado. Una persona fidedigna que le conoce, le describe como hombre infatigable que con frecuencia lleva sobre sus hombros el peso de casi toda la diócesis. No es hombre dado á visitas, reuniones y entretenimientos. De hecho apenas sale de casa, á no ser en cumplimiento de su deber, ó para ir una vez á la semana al seminario á confesarse.

### Islas Fidji (Oceanía).

*Necesidades de la Misión.*—El Rdo. P. Tomás Fox, marista, escribe desde Solevu á su hermano en Religión, el reverendo P. Fox, residente en Dublín:

Un domingo, á primera hora de la tarde, recibí la siguiente carta:

«—Reverendo Padre: Mi tío ha enfermado esta mañana. Su estado es gravísimo. Temo por su vida. Le ruego venga usted pronto. Suyo affmo., etc.»

El que un sacerdote sea llamado por un enfermo, no tiene nada de particular, antes al contrario es cosa muy frecuente. Pero, como hay en Fidji pocos colonos blancos, y entre éstos menos católicos, es raro en el distrito de Solevu recibir estas cartas.

No me era desconocido el señor que me escribía. Su tío es irlandés; hace ya más de medio siglo que abandonó el país natal; pero en su corazón la fe está más arraigada que nunca.

No había tiempo que perder. La casa del enfermo estaba en Wainunu, á 30 kilómetros de Solevu. La línea más corta y mejor para llegar á ella era el Océano. Empaqueté cuanto necesitaba, preparé la ballenera, reuní la tripulación y partí;





mis marinos son cuatro muchachos. La ballenera es de cuatro remos; yo me encargué del timón.

Las primeras horas de navegación la barca avanzaba con singular rapidez, pues los remeros no estaban fatigados y remaban regularmente. Pero, á eso del anochecer, cambió el tiempo, soplando un airecillo, que trajo gruesos y amenazadores nubarrones. Pronto empezó á llover á cántaros; quedamos calados hasta los huesos. Lentamente nos acercábamos á Wainunu.

A la una de la madrugada, llegamos al término de nuestro viaje. Las noticias que me dieron al saltar á tierra fueron bastante satisfactorias. El enfermo no había muerto, como temía, antes, al contrario, había reaccionado en parte. Espe-

ramos que el Señor le concederá todavía algunos años de vida.

Al salir de la residencia, había dado orden de que el *cúttler* (1) de la Misión viniera á buscarme á Wainunu. Quería aprovechar la oportunidad para visitar los pueblos de la costa, que hacía más de tres meses no habían visto sacerdote católico.

Llegó el *cúttler* á la hora convenida y embarqué. Tomé la dirección Sud-Este, é hice escala en Natokalau. ¡En qué triste estado se halla la iglesia! Urge repararla, si no queremos verla pronto arruinada... ¡y no tenemos ni un céntimo!

(1) Embarcación con velas al tercio, una mesana en un palo chico hacia popa y varios foques.

## AMÉRICA CENTRAL

### RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

(Continuación)



GRANDÍSIMA es la reverencia que los güitotos tienen á la pelota. No creo sea exageración si afirmo que así como nosotros veneramos las reliquias de los Santos, así ellos veneran su pelota. Movido de la curiosidad, pregunté á uno de los indios más inteligentes; ¿por qué tan rara devoción á tan insignificante objeto? Y se explicó del modo siguiente:

«Mis mayores, dijo, me contaron que en tiempos muy remotos habían llegado á donde ellos vivían, unos blancos muy buenos; éstos tenían unas estampas con la imagen de la Santísima Virgen; y el Niño que llevaba en sus brazos, sostenía con las manos una cosa redonda. Pero sin saber cómo, se ha ido conservando la tradición de que aquella bola, en manos del Niño Dios, era su mismo corazón. Y de aquí que tocar la pelota es como tocar el corazón de Dios.» Así fué como se expresó el indio. Según lo dicho y por otras cosas que vimos, es de suponer que hay entre ellos vagas reminiscencias de los primeros Misioneros, quienes les explicarían el significado de la bola en manos del Niño Jesús; empero, los pobres se olvidaron de la verdad y se quedaron con un error.

Lo cierto es que nadie coge la pelota, fuera del tiempo que está en el juego, y sólo el Cacique la guarda en el techo de su casa, descolgándola él mismo para el momento de la diversión.

#### CAPÍTULO VII.—Tribu de los Merecienes (segundos).

—El famoso tambor *maguaré*.—Baile de los Güitotos.

—Sus cantos.

Era ya el 29 de Noviembre, y después de dar las debidas gracias á nuestro querido Santiago por lo bien que se manejó con nosotros, tomamos el camino que conducía á la tribu de los Merecienes, á donde llegamos con felicidad después de haber caminado casi un día entero.

Estos indios son diferentes de los de que traté en el capítulo V. Todos viven en una sola casa, habiendo otra para el blanco que los manejaba, que era un tal Abelardo Calderón, sobrino de D. Gregorio Calderón. Aquí permanecimos nueve días. Bautizamos unos cuarenta y seis niños.

En este lugar nos mostraron un palo, el que me causó horror, porque en él colgaron á una infeliz india, la que estuvo suspendida un día y una noche; y en los postreros momentos de su vida, ultrajaron su cuerpo de una manera tan deshonesta, que me horripila sólo el recordarlo. Luego cortaron el lazo, y rodó el cadáver por el palo como si fuera una piedra. Crimen fué éste de unos caucheros, quienes si no han recibido el merecido castigo de Dios, muy pronto lo tendrán.

Aquí por motivo de habérsenos concluido todos los víveres, sufrimos terribles consecuencias de hambre, y hubo ocasiones en que hasta las dos de la tarde no habíamos encontrado que llevar á la boca, consolándonos con haber mandado indios á la caza; pero éstos, muchas veces, después de haberse hecho esperar con delirio, llegaban sin nada y aún más necesitados que nosotros. ¡Bendito sea Dios que nos dió su santa gracia para sufrirlo todo por su amor!

Voy ahora á divertiros contándoos los bailes y cantares güitotos; pero antes hablaré de la famosa música con que suelen amenizar dichos entretenimientos, ó sea del tambor *maguaré*.

La descripción más sencilla de este instrumento es la siguiente: supóngase un trozo de madera que tenga dos metros y medio de largo, con unos cuarenta centímetros de diámetro; que sea todo él ahuecado, menos en los dos extremos; que en cada uno de éstos tenga una trompa á semejanza de las que hay en las arpas de nuestra tierra; y luego se le hace una abertura de unos dos centímetros de ancho, comunicándose con las dos trompas; esto y nada más es el tal *maguaré*.

Ahora, la importancia que los indios dan á este tambor, y el cuidado que ponen para construirlo, son raros. Las ceremonias comienzan desde el día que cortan el palo, que no es cualquiera, sino el que nosotros conocemos con el nombre de cuchillo. Desde la casa se reúnen todos los indios y van bailando por dentro del monte hasta que encuentran dicho palo: sin interrumpir el baile lo cortan y sacan el trozo necesario, y luego se lo cargan con la misma alegría que cuando salieron de la casa. Aquí se concluyen las danzas, y luego dan el voto, para ver á quien le toca en suerte la obra de



la construcción. No se me pase por alto que los votantes pueden ser todos; mas quienes tienen voz pasiva son únicamente los magnates del pueblo.

Pues bien: el comisionado para la obra tiene leyes muy rígidas, y las observa con mucha escrupulosidad todo el tiempo que dure la obra; tales como la de un ayuno riguroso, la separación de su mujer, y el no poder cruzar una sola palabra con los demás. Y aseguran que usando de estas precauciones sale muy sonoro y á contentamiento de todos.

Ahora, si tratamos de averiguar la causa de oírse á grandísima distancia, ésta ha sido para mí una cosa inexplicable. Cuando, antes de ser testigo del hecho, me decían, que se oía á seis y siete leguas de distancia, me suponía que el sonido fuera tan fuerte que no se le pudiera soportar de cerca; pero ¡cosa rara! en las muchas veces que lo oí, y por las no pocas que lo toqué yo mismo, puedo asegurar que es más mortificante y más agudo el que produce uno de nuestros bombos. Asimismo soy testigo de haber oído el *maguaré* á distancia de unas tres leguas, y con tanta claridad, que si hubiera caminado una legua más también lo hubiera oído.

El oficio de este *maguaré* es el mismo de la corneta para un ejército; porque los güitotos para todo tienen

sus toques diferentes: hay toques para reunión de Caciques; los hay para convocar á los brujos; los tienen para hacer sus asaltos á los blancos; para comer carne humana; y más que todo, hacen uso de él para los combates.

Siempre son dos los *maguarés* que hay en cada tribu, uno más grande que otro. Los tienen arrimados, el uno en un extremo descansando en el suelo, y el otro sobre unos atravesaños. Las baquetas son unos palos susceptibles de poderse manejar con una sola mano, y tienen en la punta una porra de caucho. Regularmente tocan los dos á la vez: con la derecha el grande y con la izquierda el pequeño.

Explicado así el instrumento musical güitoto, tratemos ya de sus bailes y cantos.

Como el carácter güitoto es sumamente festivo y jovial, resulta que el baile es casi una necesidad en sus fiestas. No olvidemos también que el entusiasmo habido para el baile, lo tienen y quizá con más ventajas, para el canto. En estas dos artes ponen especialísimo cuidado las madres para enseñar á sus hijos, pues apenas comienzan á dar pasos y á balbucir una que otra palabra, ya les dan lecciones del uno y del otro.

(Continuará).

## ALGO SOBRE COSTUMBRES CHINAS

(Conclusión)

**D**ESPUÉS del cataclismo, recapacitando que todos los nacidos habían sido borrados del mundo, le propuso la hermana unirse con él en matrimonio para que no pereciera la especie. Rechazó No la propuesta como contraria á la piedad; sin embargo, añadió, sólo aceptaré tu proposición en el caso de que subiendo tú á la picota de aquel monte y yo á la de este, y echando cada uno á rodar una piedra de molino, si al descender se juntan en el valle, señal es de que podemos casarnos: empero, si cada una sigue su camino, sin unirse, viviremos como á buenos hermanos corresponde. Según lo convenido, tomaron los dos la cumbre del monte y echaron á rodar las piedras que al bajar se sobrepusieron perfectamente la una á la otra: en vista del prodigio deshiciéronse como por ensalmo las dudas y perplejidades que antes habían ofuscado la mente de No, resolviéndose á vivir maritalmente con su hermana: de cuyo enlace nació un hijo al cual dividieron en cien tajadas que colgaron de tantos otros árboles, á las cuales tajadas pusieron el apellido correspondiente al nombre del árbol de que estaban suspendidas: así á la colgada del pino, le dijo, te apellidarás *Sung*; á la del ciruelo, *Si*; á la del roble, *Tchu*; y del propio modo siguió bautizando en seco á los demás, resultando los cien apellidos (*Pe-chia-Sing*) por los que se distinguen las familias chinas. Pero lo verdaderamente raro y oriental del cuento es que según No imponía los apellidos á los pedazos de sus entrañas, se iban animando poco á poco hasta llegar al desarrollo de hombres perfectos.

Aun á trueque de que alguien me tache de penetrar en mies ajena, no quiero pasar en silencio un pasaje

de las Obras de Mencio, que viene á confirmar lo fundamental de la anterior leyenda en lo que se refiere al diluvio, porque quizá no falte quien tenga por consejas los hechos narrados en la Sagrada Escritura y se rinda con armas y bagajes ante la aplastante autoridad del filósofo chino que dice así: «En tiempo del emperador Yao (1), China aún no disfrutaba de paz. Hubo grandes aguas que, rebasando sus cauces naturales, inundaron á todo el Imperio. Después las plantas y árboles desarrolláronse en demasía: los pájaros y animales lo llenaban todo; las mieses no maduraban, los animales molestaban al hombre: los caminos estaban trillados de pisadas de animales y vestigios de aves. Solamente Yao se dolía de tan triste estado.»

Volviendo á nuestro tema de la brujería, hay quien pretende quitar como con la mano los dolores que atormentan al paciente con una taza de agua sobre la cual el hechicero forma con la mano en el aire infinidad de figuras jeroglíficas parecidas á los caracteres chinos, después la da á beber al enfermo, si la dolencia es interna, ó lava la parte dolorida si es exterior: las sobras de esta agua, que llaman de felicidad (*Fu-Suei*), no las arrojan al suelo, sino que las guardan sobre el altar del ídolo, como cosa bendita. Pero cuando la brujería toca en lo sublime quimérico es en las prácticas realizadas con objeto de *buscar el alma*; para cuya inteligencia precisa consignar, bien que con brevedad, dos nociones de Psicología chinesca. Enseña esta *ciencia* como verdad inconcusa que el hombre tiene tres almas muy diferentes de las que los filósofos de allende los

(1) Gobernó por los años 2,357 antes de la Encarnación, fecha próxima al tiempo en que acaeció el diluvio.





ZANGUEBAR.—ENTRE LOS KIKUYUS: DESPUÉS DEL MATRIMONIO.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac. (Pág. 130)

mares conocen por el nombre de vegetativa, sensitiva y racional: estos sabihondos chinos han penetrado y analizado y adelgazado y subtilizado las cuestiones, hasta el extremo de perderse de vista á otras inteligencias que no sean las suyas, cual haya sido el verdadero fundamento que dió pie y origen á descubrimiento tan singular. Quizás estos hallazgos sean propiedad de la secta budista, mas como ya pasaron á la historia las vivas polémicas y encarnizadas luchas entre las sectas, hoy los de aquélla, lo mismo que los doctrinos de Confucio y los discípulos de Lao-Tse, todos viven en fraternal consorcio, defendiendo como artículos de fe, por lo menos en la práctica, la existencia de las tres almas, de las cuales, muerto el hombre, una se posesiona de la tablilla en donde recibe adoración de sus descendientes, otra se pasa la vida guardando la sepultura, y la tercera la emprende por esos mundos de Dios, gozando las ventajas y agradables impresiones de la metempsícosis. Según esta peregrina teoría, la enfermedad proviene de que á una de las almas le venga en talante tomarse vacaciones para no aburrirse tanto con la ha-

bitación tan reducida y poco cómoda del cuerpo; pero los chinos cuentan que obedece á que vió el diablo, cuya vista le causó tal susto que huye espantada á todo correr. Para reducirla á su antigua morada, si es de algún niño, invitan al hechicero, quien después de consultar al ídolo por medio de la raíz de caña y de quemar papel-chapeca y encender velillas, ordena á un dedo del niño que pida siete hilos, á cada vecino el suyo, con los cuales, después de echar conjuros y hacer muchas muecas sobre ellos, los ata al cuello, pies y manos del enfermo. A esta operación llaman *atar el feto*, porque creen los cuitados que con el susto que recibió el enfermito de la supuesta vista del diablo, se le escapó el alma al cuerpo de otro que todavía está en las entrañas de la madre, y que con la atadura de marras vuelve el alma fugada á su primer lugar, abandonando el nuevo que tomó por intrusión: y he aquí la causa de tantos abortos como llora la humanidad.

Si el alma que desapareció es de un adulto, llaman al práctico en buscar espíritus, el cual después de las correspondientes adoraciones y consultas al ídolo, se marcha tan sereno, en compañía de otros, varios en busca del alma extraviada hacia el lugar indicado por las respuestas del ídolo: entonces es el buscar y rebuscar y arremeter contra el primer gusanillo, rana ó insecto que atrapan; apresado, lo envuelven en un papel encarnado, y á la vuelta pregunta uno en voz alta: ¿fulano ha venido?—Ya llegó, responden los otros: y preguntando y respondiendo, repicando el batintín y agitando el hechicero un nudoso bastón con punta de hierro y varias argollas del mismo metal con las que hace un ruido ensordecedor, llegan á la habitación del enfermo á quien hacen tragar su propia alma convertida en gusano ó se la depositan debajo de su almohada.

Existen brujos que poseen la magia diabólica de modo maravilloso: invocado el ídolo y rezados los conjuros de costumbre, se posesiona el diablo de ellos y en ese estado exponen la enfermedad y causas que la produjeron juntamente con los remedios para curarla, consiguiendo algunas veces devolver la salud á personas desahuciadas. Resulta, pues, que así como el ángel de las tinieblas se transforma en ángel de luz y el obrador de todo mal en predicador de virtudes, del mismo modo el que es homicida desde el principio desempeña de cuando en cuando el humanitario oficio de médico para atar á sí con más fuerza las almas de los cuitados que



le adoran. Crispanse los cabellos, ahógase la respiración y hiélase la sangre á la vista de estos energúmenos que, despidiendo espumarajos por la boca y retorciéndose en todas direcciones, demuestran bien á las claras que el huésped que se aloja en su cuerpo, no es de paz, ni de concordia, ni de sosiego, sino de guerra, intrigas é inquietudes.

Otros diablejos de condición más pacata son los que se encargan de presentar las almas de los difuntos al príncipe infernal: estos tales se posesionan también de una persona cuando menos de ello se percata, la cual quédase sin sentido y sin el movimiento de sus miembros, como si estuviera muerta, mientras que su alma va en busca de los que están para expirar á fin de presentarlos al Emperador del infierno (Yen-Mang): la duración de tan raro síncope depende de la mayor ó menor distancia al lugar á que le es forzoso dirigirse. Después que vuelve en sí no puede referir á nadie lo que vió en el otro barrio, so pena de caer en desgracia del Lucifer del infierno budista, que castiga severamente los descuidos cometidos contra este sigilo. Conozco á una persona que contaba la infeliz con lágrimas en los ojos y escozor en las espaldas los azotes que recibía del diablo sin poderlo remediar, quedándole el cuerpo lleno de cardenales. Para librarse de disciplinas tan poco meritorias, se acogió á la Iglesia donde estuvo refugiada unos días, al cabo de los cuales quedó tranquila sin sufrir ya las penitencias diabólicas; pero fué tan desagradecida como aquellos leprosos á quienes curó el Señor, que no se presentaron á darle las gracias, ni á servirle, como era debido.

Dejando para ocasión más oportuna el relato de las supersticiones que practican en los entierros, quiero anticipar la noticia de una que por lo extraordinaria deja tamañicas á todas las hasta aquí relatadas. Consiste en que el hechicero, por medio de la magia negra, pone en movimiento el cadáver del que murió fuera de casa, caminando hasta volver á ella como si estuviera vivo: lleva en la cabeza un sombrero viejo de pajas: va el difunto delante y el hechicero detrás de él, empuñando en cada mano una vara que lleva enristrada hacia los lados del muerto, que al llegar por la noche á la posada se queda plantado cerca de la puerta principal hasta el



ZANGUEBAR.—MADRE KIKUYU.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac. (Pág. 130)

día siguiente que prosigue el viaje. Esta magia la practican en el Norte de la Provincia de Hu-nan y en Cru-ci-chow, pero son pocos los que conocen el secreto.

PE-YU,  
O. E. S. A.

Chang-te, 2 de Diciembre 1908.

## EL PROTOMARTIR DE CHINA BEATO FRANCISCO FERNANDEZ DE CAPILLAS, O. P.

**E**L día 2 de Mayo Su Santidad Pío X beatificó solemnemente al heroico Siervo de Dios, Fr. Francisco Fernández de Capillas, el primero de los mártires que en el vasto imperio chino derramó generosamente su preciosa sangre en testimonio de su fe y en defensa de la Religión cristiana.

Como á nuestros lectores ha de interesar el conocer algo siquiera de la admirable vida y gloriosa muerte del nuevo Beato dominico, vamos á traducir el elogio que del Mártir publica el periódico titulado *L'Osservatore Romano* del día 3 de Mayo, y que hemos visto ya copiado en algún diario católico de Madrid.

«El nuevo Beato nació de D. Baltasar Fernández y

de D.<sup>a</sup> Ana de Capillas, ilustres y nobles habitantes de Baquerín de Campos, diócesis de Palencia, el día 14 de Agosto de 1607.

A los diez años de edad emprendió sus estudios en Palencia, en donde fué modelo de diligencia y de piedad para sus condiscípulos. A los dieciséis años entró en la Orden de Santo Domingo en Valladolid, llamando la atención por su espíritu religioso. Terminado el noviciado y hecha su profesión solemne, siguió con gran brillantez los cursos de Filosofía y Teología.

Siendo todavía diácono solicitó de sus superiores que le enviaran á las Misiones de Filipinas, y el 19 de Junio de 1631 salió de Sevilla con dirección á Méjico, y desde allí pasó á Manila, donde llegó en Mayo de 1632.



El 5 de Junio de dicho año fué ordenado de sacerdote.

El 22 de Julio de 1541 fué enviado á Formosa, y desde este punto, á principios del año siguiente, se dirigió á China.

La provincia de Fo-Kien fué el campo glorioso y extenso en el cual el P. Francisco desplegó todo su celo apostólico, del que había dado manifiestas pruebas en Filipinas.

Con el nombre chino de *P. Xan ó Lan*, el P. Francisco aprendió perfectamente el idioma chino, emprendiendo en seguida su apostolado.

Allí donde había un alma necesitada de auxilio, corría presuroso, lo mismo de día que de noche; y con los sermones, y con la asistencia á los enfermos, y con la administración de los Sacramentos, y con las limosnas á los pobres, y con su personal sacrificio, eran copiosísimos los frutos que obtenía, ganándose todos los corazones.

En una breve visita que hizo á la ciudad de Lieu-Kiang, distante tres jornadas á pie de Fogán, que era su residencia, bautizó en los pocos días de su estancia, más de 100 infieles.

Pero en 1644, sea por las vicisitudes políticas, sea porque creciera el odio contra los cristianos, se recrudeció la persecución. Esta no consiguió amenguar el celo del P. Francisco: junto con otro Religioso, el Padre García, no se da punto de reposo, no se detiene ante ningún peligro, anima á los fieles, los excita á permanecer firmes en la fe y los consuela en sus tristezas, pronto á dar por ellos la vida.

Tan triste estado de cosas duraba ya tres años, cuando el 9 de Agosto de 1647 el Virrey tártaro dictó un decreto prohibiendo la Religión cristiana, con la amenaza de la confiscación de bienes, de destierro y de cárcel para los predicadores del Evangelio.

Entonces se renovó su apostolado con un celo infatigable y con una vida de oración y de penitencia de todo punto extraordinaria. Consagraba á la oración hasta algunas horas de la noche; á los ayunos prescritos por la Reglas añadía otros; mientras castigaba su cuerpo con cilicios, se acostaba sobre una cruz, apretándose con cordeles los pies y las manos. De esta ansia de padecer por amor de Cristo, nacía aquel entusiasmo que ponía en sus trabajos apostólicos.

Los pérfidos idólatras se entregaron con furor á la caza de los misioneros. El P. García, puesto á salvo cuando estaba en la iglesia de Fogán, consiguió salir de la ciudad y escapar de las iras de sus perseguidores, yendo á reunirse con el P. Francisco, que estaba de residencia en Ting Teu, y los dos Religiosos se dedicaron con más ardor si cabe á su ministerio para la salvación de las almas, desafiando todos los peligros de prisión y de muerte.

A primeros de Noviembre de 1647 cayó gravemente enferma la esposa del letrado cristiano Tadeo Unang, habitante en las afueras de Fogán. Al saberlo el P. Capillas voló á dicho punto y confortó á la enferma con los auxilios espirituales. Al regresar á Ting-Teu, el 13 de Noviembre, fué llamado por otro enfermo que también residía en el mismo sitio, y allí volvió á asistirlo.

Cuando iba de regreso, acompañado por un joven que le llevaba los ornamentos sagrados, se encontró de im-

provisado con un mandarín tártaro y varios soldados. Preguntado quién era, el P. Francisco no titubeó en contestar con franqueza que era predicador de la ley de Dios y que se encontraba allí en cumplimiento de su ministerio. Esta contestación fué bastante para que los soldados, por orden del mandarín, arrojaran al cuello del P. Francisco una cuerda con que le ataron las muñecas mientras maniataban también al muchacho.

Después desnudaron al Religioso y le registraron, creyendo tal vez encontrarle dinero, pero no tenía encima otro objeto que un Crucifijo de marfil. Llevados á Fogán los dos prisioneros, fueron presentados al mandarín de guerra Von-ive, el cual los hizo arrodillar en su presencia y sometió al P. Capillas á un interrogatorio. Luego los entregó al mandarín civil No-ié, hombre cruel y sanguinario, que quiso desahogar toda su ira sobre el P. Francisco. Le interrogó acerca de la fe cristiana, le colmó de insultos é improperios, lo tachó de blasfemo, de agitador del pueblo, de introductor de leyes nocivas al reino y, al fin, lo envió á la cárcel.

Al día siguiente lo volvió á llamar á su presencia, y vomitando contra el inocente la baba de la calumnia, del insulto y de la mentira, ordenó que fuese sometido al tormento *de los tobillos*. La enormidad del dolor no turbó al P. Francisco, que no cesaba de rogar á Dios por sí y por sus amados fieles. Viendo que el P. Francisco consideraba el tormento como una gloria, el mandarín se volvió á los verdugos y les dijo:

—Aumentadle, pues, la gloria.

Cogieron entonces unos palos y dieron veinte terribles golpes sobre los pies del atormentado. Al ver que también el Religioso permanecía impasible y como sumido en profunda contemplación, hizo que lo arrastraran dos veces de un extremo á otro de la sala del Tribunal.

Pero viendo que el P. Francisco aparecía cada vez más firme en su fe, tuvo empeño en seducirlo y empezó á hacerle tentadoras promesas de dinero y de honores. El impávido Misionero contestó que sólo de Dios esperaba el premio y que sólo de El podía temer el castigo.

La ira del mandarín subió de punto y volvió á hacerlo arrastrar bárbaramente, mandando luego que le dieran azotes con cañas de bambú.

Cumplida tan horrible misión por los verdugos, el P. Francisco fué llevado á la cárcel, casi inanimado y chorreando sangre. Restablecido algún tanto, se dedicó á catequizar á otros detenidos, haciendo algunas conversiones.

Entretanto, el cruel mandarín, que había resuelto hacer morir de hambre y entre tormentos al P. Francisco, yendo un día á explorar las murallas de la ciudad, sitiada entonces por los chinos, que se sublevaban contra los tártaros conquistadores, fué herido mortalmente en la cabeza.

A éste sucedió el segundo mandarín Yang-ié, que se ensañó todavía más con los cristianos y condenó á muerte al P. Francisco, quien el 15 de Enero de 1648, después de ser desnudado, ultrajado y vilipendiado por aquella manada de verdugos, fué decapitado de un golpe de cimitarra.

El cuerpo fué arrojado á un hoyo, detrás de las murallas de la ciudad, en espera de que fuera permitido



enterrar la cabeza. Después de dos meses, en un período de tregua en la persecución, el cuerpo fué recuperado por las gestiones del P. García y hallado entero y sin señal alguna de corrupción, lo propio que la cabeza.

Las reliquias conservadas durante cien años por los Misioneros, anduvieron en parte dispersas en una nueva persecución del año 1746. Sin embargo, antes de dicha época el P. Juan Polanco había traído á España, al

convento de Valladolid, de donde había salido el Padre Francisco, su veneranda cabeza, mientras la mandíbula inferior fué llevada al convento de Santo Domingo de Manila.

Con este gloriosísimo Protomártir de China, han sido juntamente beatificados por Su Santidad Pío X, treinta y dos mártires annamitas y chinos del siglo XIX. De ello dió cuenta el último número de *Las Misiones Católicas*.

## EN EL MUNI.—LA GRAN FIESTA DE LOS IDOLOS

(Continuación)

**V**NOSOTROS, dejando ya esta ridícula ceremonia, pasemos á describir otra que bien puede encabezarse:

### El brujo con sus supercherías

Luego que los enfermos se hubieron retirado, hizo Aló una pequeña señal con su escobilla, y de repente se presentaron los dueños de las *calaveras*. Entonces les mandó que cada cual cogiera la que le pertenecía y que, puestos en línea recta á lo largo del templo, aguardaran allí hasta que subiera el brujo con sus supercherías.

No tardó en presentarse este hombre supersticioso, porque á los pocos minutos se le vió frente al altar con una grande palangana de hierbas medicinales para distribuir las entre la muchedumbre. Esta, que le esperaba con fanática impaciencia, recibió la parte que á cada uno les entregara. Hubo, sin embargo, alguna diferencia en el modo de conservar las predichas hierbas. Porque todos los de las *calaveras* pusieron las encima de las mismas, y los otros guardábanlas en sus manos cerradas como si fueran reliquias.

Terminada la distribución, ¿quién no pensara que luego tendría lugar una solemne *procesión*? Y si no, ¿para qué tanto aparato? ¿Para qué aquel ponerse en fila, coger los *santitos* (las calaveras) y distribuir las *velas* (las hierbas), etc., etc....? Esto sin duda parecería lo más natural y lógico á quien como los europeos hemos visto organizar procesiones. Pero ¿qué saben de procesiones aquellas gentes salvajes? ¿Adivinarían nuestros lectores qué procesión fué la suya? Pues, ¿cuál había de ser? La obligada en todas sus fiestas y reuniones, y á la que ellos apellidan:

### El gran balele

Así fué en efecto, porque una vez se hubieron preparado todos en el orden y forma que se les prescribiera, á una señal del *Maestro de capilla* (estrambótico bailarín de primera) comenzaron á tocar las tumbas y demás instrumentos con tanto estrépito, que aquello parecía una algarabía de mil infiernos. Luego empezaron las danzas, con unos saltos y gestos tan ridículos, que cualquiera pensara que se aproximaba el fin del mundo. Pues es de notar que de los quinientos allí reunidos no hubo ni uno solo que dejara de tomar parte activa en este baile grotesco que duró unos quince minutos.

A muchos de los europeos que han presenciado por vez primera uno de estos famosos *baleles*, parécenles increíble que hombres tan conspicuos y llenos de *canas* como el renombrado jefe Aló, tengan humor para danzar y hacer sus girimeques como si fuesen unos *nenes*... ¡Qué risa causa el verlos!

### Nuevas peroratas

Cansados ya de tanto danzar, se dió por terminado el *balele*. A continuación los jefes reanudaron sus peroratas con el mismo orden y forma que la primera vez. Su tema versó acerca del grande respeto y veneración que se debe tener á los ídolos; que los sacrificios debían considerarse como un acto público y muy serio por sus trascendentales consecuencias; qué ritos se habían de observar al ofrecerlos; y, por fin, quiénes podían ó no sacrificar á los ídolos, etc., etc.

Durante el tiempo que los jefes hicieron las peroratas, dos hijos de Aló, que con ser los últimos en edad tenían ya de 25 á 30 años, estuvieron sentados en el centro del templo y cerca de los que peroraban. Uno de éstos, llamado *Ndung Ekumo*, interrumpió muchas veces su discurso, y dirigiéndose á los hijos de Aló preguntóles en voz baja, para que nadie lo oyera, qué gracias deseaban alcanzar de los ídolos (1). Ellos á su vez respondieron también muy bajito, y al terminar sus respuestas, agitaba el jefe su escobilla, mientras que la multitud observaba cuanto hacía con profundo silencio.

¡Oh! ¡Cuánto pesan los ídolos!!!...

Al terminar el citado jefe su perorata acercóse al altar, y señalando una de las cajas de los ídolos, mandó á seis hombres, los más forzudos, que la cogieran con mucho cuidado para llevarla á donde estaba el más joven de los dos que habían sido interrogados.

Acercáronse, pues, los seis hombres al altar, y cogiendo todos juntos la caja del ídolo, simulaban hacer titánicos esfuerzos para levantarlo, como si pesara quintales...

¿Y para qué tanto aparato? preguntará tal vez alguno de los lectores.

Según confesión del mismo jefe Aló, «para que los espectadores creyesen que los *ídolos pesan mucho*,» pues si con seis hombres no los podían levantar, ¿cuánto menos podrían las mujeres y los niños?

(1) Al Sr. Norato se lo dijo el mismo Aló.



¡Valiente paparruchada que encierra todo el secreto de esta farsa!... Engañar á los ignorantes para conseguir mejor sus depravados intentos...

Después de *grandes esfuerzos* lograron por fin trasladarla á donde estaba el referido hijo de Aló, luego se acercó éste, y con grande pausa la destapó en presencia de todos los espectadores.

¿Y adivinaría el lector qué contenía la *pesadísima* caja?

Oigalo V. ¡Aquel *enorme peso* era debido á un *pequeño cuerno de medicinas*, á una docena de *cascabeles de hurón* y á unos cuantos *amuletos supersticiosos* que como pajas se las llevaría el viento!...

¿Puede darse mayor farsa que la de estos gentiles supersticiosos? ¡Cuán perfectamente les cuadra el dictado de farsantes! ¡Que el Señor se apiade de ellos!

Siguiendo la narración de esta idolátrica fiesta, tócanos ver ahora como

El jefe Aló entrega el ídolo á su hijo

Tan pronto como destaparon la caja la tomó Aló, y luego la entregó á su hijo, diciéndole con mucha gravedad: «Ahí tienes, hijo mío, esta caja; guárdala bien para que nadie te la robe; con ella serás feliz, rico y amado de todos, y ¡ay del que se atreva á injuriarte!»

Aquí huelgan los comentarios, pues quien haya visto alguna de estas cajas con los figurines, calaveras y de más fetiches que en ellas hay, se destornillará de risa al oír pronosticar tales promesas y amenazas.

Más adelante verá el curioso lector el desengaño que tuvo con una de estas cajas el mismo que esto escribe.

#### Los ídolos convertidos en títeres

Así que el jefe Aló hubo entregado la caja idolátrica á su hijo, retiróse éste para dar lugar á otra escena muy artificiosa. Tal fué la de los títeres.

Preparado con mucho artificio el escenario, entró en él sin ser visto el famoso titiritero, mientras que los de las tumbas tocaban desaforadamente. A una señal de Aló cesó de repente el estruendo de la música; y á los pocos minutos aparecieron en el escenario dos moñigotes feísimos vestidos con variedad de colores. Dos negras manos (las del titiritero) los hacían bailar con mucha habilidad, oyéndose al mismo tiempo risas, gritos, chillidos y palabras que nadie entendía. Esta escena duró de 25 á 30 minutos, con intermedios de música y danzas acostumbradas.

Al ser preguntado el jefe Aló por qué habían hecho los títeres, respondió ingenuamente, que por ser necesario para la fiesta. Pues como la mayor parte de los espectadores ignoran que haya un hombre escondido en el escenario, piensan que los ídolos están muy contentos, y por eso bailan, ríen y dicen tantas cosas inteligibles. «Pero esto, añadió, no se puede decir á todos, sobre todo á las mujeres, porque entonces ya *no darian buena comida para los ídolos*, como la dan ahora por el miedo que les tienen...»

(Continuará).

## NARRACIONES KIKUYUS

### PARA COMPLETAR «LAS MEMORIAS DE UN SALVAJE»

por el R. P. CAYZAC, de la Congregación del Espíritu Santo, misionero en el Zanguebar

(Conclusión)

Las mujeres kikuyus tienen, afortunadamente, la facultad de olvidar pronto. Gracias á ella van acostumbrándose al papel que se les ha confiado. Acaban por perder el orgullo, la independencia, la dignidad humana. Acaban por rebajarse al nivel de las ovejas y de las cabras con quienes comparten la habitación, ocupando un lugar algo más elevado que estos animales, es verdad, pero recibiendo, en cambio, menos cuidados y atenciones que ellos... Acaban por convertirse en verdaderas bestias de carga, no poseyendo nada, ni aun la piel de cabra con que se cubren; no disfrutando de ningún derecho ni privilegio, ni aún del más elemental, el de pertenecer únicamente á su esposo... Sólo entonces empieza á entrar en un período de paz relativa el novel matrimonio... Antes de llegar á este completo embrutecimiento, el esposo se habrá casado quizás con otras mujeres, y si la pobre «Rocío del cielo» ha tenido la paciencia de esperar, no le faltarán compañeras que compartan con ella... los palos del esposo...

¿No sentís, amigos lectores, pues de seguro tendréis hijas ó hermanas, la necesidad de iluminar estos pobres salvajes con la luz del Evangelio, aunque sólo fuera para endulzar un poco la amargura de estas *lunas de miel*?

¡Ayudadnos, con vuestras oraciones y limosnas, á cristianizar estas bárbaras regiones del país de Cam, á regenerar estos innumerables pueblos negros, sobre quienes pesa todavía, después de tantos siglos, la terrible maldición fulminada al día siguiente al del diluvio contra su primer padre!

## IX

### Egoísmo de los Kikuyus

Por la noche, cuando el sol se ha escondido tras de las montañas y queda el país sumido en las más densas tinieblas, las madres corren á atrancar las puertas de sus casas, porque las hienas ya han salido de las madrigueras y los ecos repiten sus siniestros aullidos.

Y cuando los niños son malos, esto es cuando por ejemplo el chico inquieta ó pega á su hermanita y la hace llorar, ó cuando ésta no quiere comer maíz tostado ó se niega á cenar, la *mamá* le cuenta esta historia, que los niños escuchan con sumo interés:

«Una tarde una niña, pequeña como vosotros, se dirigía á la danza. De súbito una hiena le cierra el camino.



«—¿A dónde vas tan solita? le pregunta amablemente la señora hiena.

«—Voy á la danza, responde la niña, pero aun soy muy pequeña para que ningún joven quiera acompañarme.

«—Yo te acompañaré, replica la hiena; volvámonos, y enséñame tu casita.

«Entraron, y la niña le ofreció maíz y judías.

«—No me gustan, dijo el animal con brusquedad. Quiero carne. Tráeme un carnero del rebaño de tu padre.

«Y como la pobrecita niña se excusara diciendo que no podía hacer tal cosa, que le pegaría su padre, etc., el animal furioso salta sobre ella y se la come.»

Y en cuanto la mamá acaba la historia de *La Capriciosa roja* kikuya, los niños son buenos, cenan muy quietos y modosamente hasta cierto punto, se echan sobre la piel de vaca que les sirve de cama, y duermen de un sueño hasta el día siguiente.

Como veis, la hiena presta á las madres kikuyus los mismos importantes servicios que en otros tiempos prestaban á las vuestras el lobo, la zorra y el *coco*.

Pero además la hiena desempeña aquí otro papel mucho más importante. A ella incumbe limpiar los bosques de las cercanías de los pueblos, esto es, hacer desaparecer, devorándolos, los cadáveres que en ellos encuentren... los cadáveres humanos se entiende, que de los animales muertos ya cuidan los kikuyus, pues, dicen ellos, «que el animal muera degollado ó que muera de enfermedad, lo mismo da... siempre es carne...»

La bárbara costumbre de sacar á los moribundos fuera de casa y dejar á los muertos insepultos, proclama muy alto el carácter kikuyu. Mientras que en todo país cristiano los moribundos son objeto de mil atenciones hijas del verdadero cariño, aquí por el contrario, sus mismos parientes se apresuran á sacarlos de casa, les abandonan al frío, á la lluvia, á las inclemencias del tiempo... y regalan á las hienas el cadáver de un padre, de una madre, de un hijo... y se los ceden contentos de ahorrarse, obrando así, el sacrificio de un carnero..., pues este es el *quid* de la cuestión. He aquí la explicación del misterio:

«Un colono que daba trabajo á cincuenta indígenas,

perdió uno que falleció repentinamente. Los cuarenta y nueve restantes prefirieron fugarse, renunciando al salario, antes que violar sus costumbres enterrando al compañero difunto.

«—Pero, me diréis, esta conducta no deja de ser muy digna de encomio, pues es un hermoso ejemplo de fidelidad á las tradiciones.

«¡Ah! ¡Veó que no estáis al corriente de las ideas de estas gentes! Oíd el razonamiento que, rápidos como el rayo, todos se habían hecho:

«—Sacrificando el salario pierdo cuatro francos; pero si toco el *keimba* (cadáver), el hechicero me exigirá un carnero, que vale ocho.»

Tocar un cadáver es, en efecto, grave «pecado.» En el kikuyu el «pecado» es muy temido, no por lo que sea en sí, sino porque puede ocasionar la muerte, y mis *feligreses* aman mucho la vida. Este pecado el hechicero puede perdonarlo, pero exige un carnero.

Ved cómo las costumbres de los pueblos son consecuencia lógica de sus ideas. Si un enfermo muere en el interior de la casa, hay que sacarlo, y para ello le habrán de tocar, y luego pagar un carnero... La conclusión se impone: Llevemos al agonizante fuera de casa, y así, después de muerto, ya no tendremos necesidad de desembarazarnos de él, ¡qué importa que lo devoren las fieras!

En cuanto el enfermo está grave se le saca de casa; la enfermedad puede no ser mortal, pero el enfermo siempre muere: las más de las veces las lluvias y el frío de la noche son los que le matan.

¡Ah! ¡Qué tranquilos descansan entonces parientes y amigos! No han tocado el cadáver... no tienen que pagar ningún carnero... ¡Venga, pues, la hiena cuanto antes y consuma la obra!

En esta bárbara costumbre es donde se revela de un modo particular y en todo su esplendor el egoísmo feroz de los kikuyus, esencia de su salvajismo y que ellos mismos confiesan con cinismo sin igual.

Está visto, caros lectores; nosotros, los misioneros, estamos en un error al pretender cambiar sus ideas y convertirles... error imperdonable. Sí, confesémoslo, pero... continuemos la obra cada vez con mayor entusiasmo.

FIN.

## LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA  
DE LA 2.<sup>a</sup> EDICIÓN FRANCESA  
POR  
M. C. G.

(Continuación)

Hizo indecibles esfuerzos para vencer el decaimiento y debilidad que aumentaban cada día; hasta que vino la derrota, que fué terrible. Tras quince días de angustias mortales, se inició la mejora; no la he dejado hasta verla en franca convalecencia. Temo tardará mucho

tiempo á estar buena como antes; había hasta ahora sido tan afortunada con la salud de sus hijos, que ha carecido de fuerzas para resistir este primer golpe. En su delirio la perseguía incansable el peligro que amenazaba á su hijo, y lo veía enfermo, moribundo, y se des-



pedía de él con frases que hacían llorar; al recobrar el conocimiento, sus primeras palabras fueron para el querido enfermito. ¡Ah, quién que no sea madre es capaz de comprender lo que sentimos en el corazón cuando disputamos un hijo á la enfermedad y á la muerte!... ¡Nuestro hijo lo amamos más, mil veces más que á nosotras mismas: él es nuestra vida, nuestra felicidad, nuestro todo! Que nadie admire el amor maternal; forma parte de nuestra naturaleza. Dios lo encerró en lo más íntimo del corazón de la mujer, y cuando alcanza la dignidad de madre, ama con pasión superior á todas á aquel ser pequeño, delicado, que le debe la vida. Los ejemplos de malas madres que en la tierra vemos, son rarísimas excepciones. En toda edad, en todos los pueblos y en todas las clases sociales, el amor maternal es ley. Puede la mujer ser depravada, pervertida de cien maneras; pero si es madre, aun en el cenagal del vicio es buena madre, pronto á sacrificarse por el hijo de sus entrañas.

¡Cuán largo es un mes lejos del hogar! Desde que nos casamos, Carlos me ha dejado con frecuencia unos días para cortos viajes de intereses; pero yo nunca me había separado del hogar ni de mis hijos. La idea de que mi hermana estaba enferma y me llamaba, no me permitió ni un instante de duda. Mientras el peligro fué inminente, su suerte absorbió mi atención y sólo viví para cuidarla; pero á medida que se acentuaba la mejora, crecía en mí el anhelo de volver á este hogar queridísimo, en el corazón de esta familia que Dios en su inmensa bondad me ha regalado. Ni un solo día dejé de recibir carta de Carlos y de Luis, y cada semana una muy larga de Magdalena, con numerosos detalles de su padre y hermano, que la visitaban dos veces por semana. ¡Qué hermoso corazón! se olvida de sí misma para acordarse de todos.

Llegué ayer tarde. Carlos y Luis me esperaban en la estación. ¡Qué alegría!... Carlos me ha repetido que sin mí el hogar era triste, largos los días y más largas las veladas. En fin, vednos otra vez reunidos; la cena ha sido dulce y feliz.

Jueves, tarde.

Esta tarde Luis ha tenido vacación. Hemos salido de paseo, hablando largo y tendido. Ha perdido mucho en un mes. Sus maneras son bruscas, sus respuestas breves y secas, ya no tiene aquella amabilidad y distinción que tanto encantaban á su madre. Quizás sea la edad la culpable del cambio que lamento en mi hijo. No debo, pues, extremar mi severidad, hay que respetar la naturaleza. Al niño encantador de cabellos rubios, de voz dulce y armoniosa como canto de pájaros, ha sucedido el adolescente desprovisto de estas gracias exteriores, que en resumidas cuentas poco valen. Pero me parece que mi Luis, que acaba de cumplir once años, es aún muy niño para asemejarse á los jovencitos de trece ó catorce.

En la plaza de San M..., Luis ha saludado á un joven que salía de un café. Su traje descuidado, su aspecto vulgar me chocaron, y pregunté á mi hijo quién era aquel caballero.

—Uno de los ayudantes, y no el más amable, me

contestó. Creo que vive en perpetua cólera. Se complace cargándonos de trabajo. Cuentan que es gran bebedor.

—No lo creas. No estaría en el Instituto si su conducta fuese la que cuentas.

—Puedo, mamá, asegurarle que no es el único entusiasta de la bebida. Pero al parecer, este D. Amadeo no disimula como sus colegas con los que suele reunirse en el cuarto de un tal León, para fumar, cantar y beber. Allí abundan las botellas de licor, hacen buen café, y cuando saliendo de estas reuniones entran á las aulas, están muy, pero *muy* alegres.

Mandé callar á Luis y añadí:

—Son cuentos.

—Le repito que no, mamá. Dos pensionistas ocultos en la enfermería, que está en una salita contigua al cuarto de dicho León, oyeron cuanto explico y algo más. Estos señores decían que anhelan huir del maldito Instituto, donde están condenados á vigilar pícaros tan insoportables como nosotros. La causa de que no se marchen será que no encuentran otra colocación.

Cuanto he oído de labios de Luis no me ha causado mayor sorpresa que la de ver confirmadas mis constantes sospechas. Los auxiliares y ayos son la peste de estos centros docentes. Me lo habían asegurado con frecuencia, y veo que no se equivocaban. Hemos celado, cuidado con el más cariñoso anhelo el alma de nuestros hijos rodeándola de amor y de cuantas precauciones es capaz de inventar el amor maternal, y vedla en manos de unos infelices auxiliares, hombres en general sin fe y muchas veces de pésimas costumbres. Y estos son los que todo el día y todas las horas del día están en relación directa con los alumnos, que sólo ven al catedrático poquitas horas por la mañana y menos por la tarde. Y las demás las pasan abandonados al cuidado de estos hombres que nunca suelen tener ni la más remota idea de la alta misión que les está confiada. Con tal que los alumnos estén quietos y no turben las lecturas, en general novelas, en que están enfrascados, nada más les exigen: su misión es dejarles que estudien.

Supongamos que la cumplen, pero y entonces ¿quién educa? ¿Acaso el director, que les ve un cuarto de hora cada ocho días? ¿O el inspector, que se limita á cruzar la clase?... Me desvivo para suplirla esta falta de educación; pero ¿hasta cuándo escuchará mi hijo los consejos, salidos del alma, en que procuro inculcarle el amor á lo bueno? Llegará un momento en que el joven se sustrae á esta llamémosla tutela, que su orgullo le hará creer humillante. Hijos hay, no lo ignoro, que llegan á hombres siempre sumisos, siempre cariñosos para con su madre. Conozco muchachos de dieciséis años que dejan leer en el fondo de su alma como niños de siete: pero éstos son los educados en la escuela de la Religión y del respeto. Mi hermana me escribía, hace pocos días, que su primogénito le regalaba este consuelo: ¿puedo acaso comparar los profesores tan abnegados é inteligentes de mis sobrinos, con estos ayos ó auxiliares bajos y ordinarios, á quienes Carlos ha entregado nuestro hijo?

(Continuará).